

XVI.

EL SITIO.

La noche del 4 de junio, mientras nuestros adversarios fingian un ataque por la puerta de San Pancracio, se abrió una trinchera á 300 metros de la plaza y se establecieron dos baterías de á diez y seis, una á cien metros detrás de la paralela para extender el fuego del bastion nº. 6; otra á la derecha de la paralela, para hacer frente á la batería romana de Pestaccio y de San Alexis. La paralela se apoyaba á la derecha en unas alturas inexpugnables, á la izquierda en la *villa* Pamphili.

Al despuntar el dia, mandé llamar á Manara, y le rogué que dejase el mando de coronel de los bersaglieri, para tomar el grado de jefe de mi estado mayor. Era esto exigirle un inmenso sacrificio, pero nadie mejor que Manara podia desempeñar aquel cargo. Estaba dotado de un valor ejemplar, de una rara tranquilidad de alma en medio del peligro, de un gran tacto militar, y habia conseguido que sus bersaglieri fueran los soldados mejor disciplinados de todo el ejército. Hablaba cuatro idiomas, y su

aspecto tenia además la dignidad necesaria en los altos grados. Aceptó mi proposicion.

Mi estado mayor se componia de los mayores Cenni y Bueno, de los capitanes Caroni y David, de dos valientes oficiales franceses llamados Pilhés y Laviron; del capitán Cecoadeli, que en España y en África habia merecido la cruz de España y la legion de honor; de Siseo y de Staguetti, que en Palestina mandaba á los emigrados; del teniente de caballería Gili, del correo Giamzuzzi, y por último del capitán Cessi, miembro de la cámara.

Manara organizó en primer lugar el estado mayor en su interior, y todos querian vivir conmigo en la *villa Savorelli*.

Desde allí descubríamos todo cuanto pasaba en los campos vecinos.

Verdad es que el momento no era oportuno para distraerse, pues como el enemigo sabia que mi cuartel general estaba en la *villa Savorelli*, lanzaba balas y granadas, todo contra mí. Especialmente cuando subia á una azotea que dominaba á todas las demás casas, el asunto se ponía algo serio. Era verdaderamente una lluvia de balas, y jamás he presenciado una tempestad con tan grandes silbidos. La casa sobre la que llovian los proyectiles, temblaba como sacudida por un terremoto.

De vez en cuando, para dar trabajo á los artilleros y á los tiradores franceses, mandaba que me trajesen el almuerzo á la azotea, que estaba solo defendida por un parapeto de madera. Entonces, os lo aseguro, principiaba una música agradable, que me ahorraba llamar la del regimiento.

Fué todavía mucho peor cuando algun oficial bromista del estado mayor tuvo la humorada de enarbolar en el pararrayos de la azotea una bandera con estas palabras escritas en gruesos caracteres :
— ¡Buenos días, cardenal Oudinot!

Al cuarto ó quinto día de proporcionar esta distracción á los artilleros y tiradores franceses, me hizo una visita el general Avezzana, y encontrando que las ventanas del salon estaban algo bajas, me preguntó si no habia en la casa un lugar mas elevado desde el que pudiera examinar el campo.

Le hice subir á la azotea.

Los Franceses quisieron sin duda hacerle honor, pues apenas llegamos, principió de nuevo la música.

El general examinó con mucho despacio las avanzadas del enemigo, y bajó despues de la azotea sin decir una palabra.

Al día siguiente encontré la azotea defendida por sacos de tierra.

Pregunté entonces quién había dispuesto que se pusieran allí los sacos, y me dijeron que el ministro de la Guerra.

Era imposible oponerse á una órden del ministro de la Guerra.

Este empeño de los artilleros franceses en acribillar á balazos mi pobre cuartel general nos proporcionaba de vez en cuando escenas sumamente divertidas.

Cierto día, el 6 ó el 7 de junio si mal no recuerdo, vino á verme á la hora de comer mi amigo Vecchi, á la vez actor é historiador del drama que estábamos representando. Como tenía convidados, había mandado traer la comida de Roma en un cajon de hoja de lata. Conocí que nuestros manjares excitaban el apetito de Vecchi, por cuya razon le invité á comer con nosotros. El general Avezzana y Constantino Rita formaban parte de los convidados. Nos sentamos sobre el suelo en el jardin, porque las balas y granadas hacian temblar la casa de tal modo, que si hubiéramos querido comer en la mesa habríamos necesitado un aparato semejante á los que se usan en los buques en tiempo borrascoso. Mientras estábamos comiendo, cayó de repente una bomba á un metro de distancia: todo el mundo se levantó, y Vecchi se disponia á imitar á los

demás; pero asiéndole yo por el puño, le hice permanecer en su sitio. Vecchi era miembro de la Asamblea.

— Padre conscripto, le dije riéndome, permaneced en la silla curul.

La bomba veventó, como era de esperar, hácia el lado opuesto á nosotros, y la diversion solo nos costó el vernos cubiertos de polvo, igualmente que nuestra comida.

Vecchi había tenido razon al aprovecharse del convite con que le había yo brindado, porque nosotros no comíamos todos los días. De vez en cuando el marmiton de la fonda, atemorizado por el estruendo de los morteros franceses, y por las descargas de los cazadores de Vincennes, y especialmente por los cadáveres que encontraba en las calles, se quedaba en el camino. Entonces un cualquiera se apoderaba de nuestra comida, y así es que llegó un día en que uno de mis soldados llamado Casanova tuvo que guisarme á las tres de la mañana unos macarrones, porque durante 48 horas solo había tomado una taza de café con leche y dos ó tres botellas de cerveza.

Pero especialmente á Vecchi le sucedian á menudo percances como el que acabo de contar.

Hacia ya dos días que estaba de guardia avanzada

en el viñedo Castabili, uno de los casinos que teníamos en las inmediaciones de la *villa* Corsini, cuando vino una vez y me encontró en la mesa. Los señores artilleros tenían entonces la bondad de darme un momento de descanso. Había ante mí un *risotto* de los mas apetecibles : le mandé sentarse á mi lado y le ofrecí mi comida.

Mas al irse á sentar, Manara le detuvo :

No te sientes, Vecchi, le dijo, que hace ya tres dias seguidos que los oficiales convidados por el general son muertos sin tener tiempo siquiera para hacer la digestion.

Con efecto David, Rosa y Panizzi habian sido muertos, como Manara decia; pero el olor del *risotto* fué mas fuerte que la amenaza de Manara.

— Justamente, dijo Vecchi, esto está conforme con una prediccion que me han hecho.

— ¿Qué prediccion? preguntó Manara.

— En mi infancia, me reveló mi horóscopo una gitana, y me pronosticó que moriria en Roma á la edad de treinta y seis años dejando una gran fortuna.

En 1838, en un viaje que hice á pié desde Nápoles á Salerno, cerca del Arno, corrí á través de un campo de algodón detrás de una gitana de 18 años, empeñado en besar sus lindos ojos. Aunque se

quiso defender con su navaja, opuse á su arma ofensiva otra defensiva, un hermoso escudo de plata. Tomando la moneda, cogió mi mano y murmuró entre dientes que moriria en Roma muy rico á la edad de 36 años. Ya soy demasiado rico para un hombre que va á morir, pero soy tambien fatalista como un mahometano, y lo que está escrito, está escrito. Dadme un poco de *risotto*, mi general.

Nos reimos con la historia de Vecchi, y solo Manara permaneció serio, diciendo al fin :

— Pues mira, Vecchi, no estaré tranquilo hasta que haya pasado el dia.

Y volviéndose hácia mí, me dijo :

— Por Dios, general, no le enviéis hoy á ninguna parte.

Esto le agradó en extremo, porque estaba muy cansado de haber velado dos noches seguidas, y concluida la comida, me pidió permiso para retirarse á descansar.

Si quieres, acuéstate en mi cama, le dijo Manara no sé si con formalidad ó en broma, no quiero que salgas de aquí.

Vecchi se acostó en la cama de Manara.

Al ver yo una hora despues que algunos oficiales franceses ponian sacos de tierra en la trinchera abierta enfrente de nuestro bastion, busqué á un

oficial que dirigiese contra ellos unos cuantos tiradores.

No sé dónde había mandado á toda mi gente, de modo que me encontraba solo.

Entonces me acordé de Vecchi, que estaba durmiendo á mas no poder. Sentia tener que despertarle, pero las granadas hacian en la casa un destrozo horrible. Le tiré de una pierna y abrió los ojos.

— Vamos, le dije, ya hace veinte y cuatro horas que estás durmiendo y ya no hay que pensar en la prediccion de Manara. Escoge una docena de los mas hábiles tiradores, y haz unas cuantas caricias á aquellos picaruelos.

Vecchi, valiente como él solo, no se hizo de rogar, y acompañado de doce bersaglieri decididos, se emboscó detrás de una barricada que estaban levantando los ingenieros bajo la direccion del teniente de ordenanza Porzio.

Rompió un fuego mortífero contra los Franceses, al que contestaron estos con balas de cañon.

Media hora despues, vinieron á decirme: ¿No sabeis lo que pasa, general? el pobre Vecchi ha sido muerto.

Esta noticia me causó un profundo sentimiento, al pensar que yo habia sido causa de su muerte.

Pero al cabo de una hora vi con inexplicable alegría que Vecchi volvía sano y salvo.

— ¿Cómo es eso? le dije; deja que te dé un abrazo. Yo te creía muerto!

— No han hecho mas que enterrarme, me contestó.

— ¿Y cómo ha sido eso?

Entonces me contó que una bala habia destrozado un saco lleno de tierra, que le habia cubierto, y que al vaciarse el saco los que estaban á su lado habian perdido el equilibrio, y cayendo diez ó doce encima de él, le habian enteramente sepultado.

Pero habia sucedido otra cosa mas particular aunque la muerte de Vecchi. La misma bala que le habia enterrado, fué á dar contra la muralla, y de rechazo hirió á un soldado. El pobre jóven, conducido en una camilla, cruzó las manos sobre su pecho, levantó los ojos al cielo y dió el último suspiro.

Cuando se disponian á llevarle al hospital de sangre, acudió un oficial que se precipitó sobre el cadáver y lo cubrió de besos.

El oficial era Porzio, el jóven soldado Colomba era su mujer, que le habia seguido hasta Velletri y combatido á su lado el dia 3 de junio.

Esto me recordó á mi pobre Anita, que tanta

serenidad mostraba en medio del fuego, y que se habia quedado á pesar suyo en Rieti.

Estaba en cinta y solo habia consentido en separarse de mí al hablarle yo del hijo que llevaba en su seno.

El día 7 hubo suspension de ataque en ambos lados, por ser día del Corpus.

El 9 mandé que se hiciera una salida en regla, con el fin de interrumpir las obras avanzadas del enemigo, obras que se prolongaban hácia el segundo bastion de la izquierda, y para llevar á cabo esta operacion fueron llamados los aduaneros y un batallon del quinto regimiento.

Los bersaglieri estaban entonces de servicio en los *casini*, á la izquierda de la via Videllia, y de guardia en los bastiones.

El capitan Rosas, el mismo que al pasar junto á mí en la *villa Corsini* me habia dicho: « Mi general, he pagado mi deuda, » no habia tenido mas que una contusion ocasionada por una bala muerta; y aunque fué bastante fuerte para hacerle al pronto quedar en cama, se levantó al día siguiente y se empeñó en encargarse del mando de la cuarta compañía destinada al segundo baluarte.

Viendo que la guardia de la trinchera causaba bastante daño á los nuestros, Rosas cogió una cara-

bina, y como buen tirador, disparó unos quince tiros, certeros mas de la mitad.

Sus soldados cargaban y él tiraba.

Al ver su acierto algunos cazadores de África, se picaron, y se pusieron á volverle tiro por tiro. Una bala le quitó el sombrero, y entonces él cogiéndole del suelo, lo agitó en el aire gritando: Viva la Italia!

Pero en el mismo instante una bala que le entró por la boca y salió por la nuca, apagó el grito de repente.

Despues de dos dias de continua agonía, espiró.

El día 10 de junio habia yo recibido aviso del general Roselli para que tomase el mando de la mitad del ejército romano, con el fin de hacer una gran salida contra el enemigo.

Se debia verificar por la puerta Cavalleggieri, y era su objeto el de volver á apoderarse de las *villas Pamphili* y *Valentini*.

El general Avezzana, ministro de la Guerra, me relevó en el mando de la línea de San Pancracio, y yo me dirigí con la legion italiana y el regimiento de los bersaglieri hácia la plaza del Vaticano, donde debia completarse el cuerpo destinado á esta importante operacion, con los regimientos *Pari* y *Mari* y con la legion polaca.

Pasé revista á caballo á todos los cuerpos, y llamando á parte á los comandantes, les comunicué el objeto de aquella tentativa y el modo que yo tenia de comprender el ataque.

En seguida dí el santo y seña, y mandé que se distribuyeran las municiones para estar preparados al combate, y mientras tanto los soldados, fijos los ojos en la luna, se burlaban de ella, injuriándola á causa de la lentitud con que continuaba su marcha.

Para evitar los inconvenientes propios de las expediciones nocturnas, en las que confundiéndose amigos y enemigos, se matan unos á otros, mandé que los soldados se pusieran las camisas encima del uniforme. Esta medida excitó la hilaridad de los soldados, al ver en qué estado se hallaba la ropa interior de algunos de ellos.

A las diez de la noche se abrió la puerta, y la legion polaca á las órdenes de Hoffsteller, que ha dejado un excelente diario del sitio de Roma, salió haciendo la vanguardia. Iba detrás la legion italiana mandada por el coronel Manara, y en seguida los regimientos de bersaglieri, Pari y Mari.

Este último mandaba la retaguardia.

Apenas habíamos salido fuera de puertas, cuando conocí que habia tomado una medida inútil haciendo poner las camisas sobre los uniformes, pues se

divisaba á mis soldados como si fuera de dia : con cien pasos que hubieran andado, habrian creído los Franceses que iban á ser atacados por un ejército de fantasmas.

Mandé que se quitaran las camisas, y como era natural, ni un solo soldado se dió el trabajo de ponerse.

Me dirigí hácia el flanco de la legion italiana, cuando varios soldados que llevaban una escala, quisieron, al pasar cerca de una *villa*, cerciorarse de que estaba realmente abandonada, como lo parecia. Colocaron la escala en una de las ventanas del primer piso, y el regimiento se detuvo esperando el resultado del reconocimiento, y mientras tanto la vanguardia continuó su camino.

Cinco ó seis hombres subieron por la escala.

De repente se rompió un escalon bajo los piés del que estaba mas alto, y cayendo este sobre el segundo, y este sobre el tercero, todos con gran estrépito vinieron á tierra. Al caer se dispararon dos fusiles.

La vanguardia, mandada por Hoffsteller y por Sacchi, dos de mis mas valientes oficiales, se creyó sorprendida por los Franceses, á quienes iba á sorprender, y sobrecogida de un terror pánico se dispersó detrás de Hoffsteller y Sacchi, que quedaron aisla-

dos con unos veinte hombres, y corrió desafortadamente hácia nosotros, echando por tierra cuanto encontraba en su camino. Manara intentó pararlos, pero fué todo inútil. Entonces me arrojé en medio de ellos sacudiendo á derecha é izquierda con mi látigo de gaucho. Nada bastó, y estoy seguro de que todos hubieran entrado en Roma al mismo paso si los bersaglieri, á cuya cabeza estaban dos jefes de batallon y el capitán Ferrari, no hubieran presentado las bayonetas á los fugitivos.

Después de tanto ruido y desorden, era de suponer que los Franceses estuviesen alarmados. Fué pues preciso renunciar á la empresa.

En cuanto á mí, estaba ya cansado de sacudir golpes á toda aquella canalla, y me dirigí á Roma, diciendo á Manara: « Amigo, hemos hecho mal en no poner tus valientes bersaglieri en la vanguardia. »

Los bersaglieri eran en efecto hombres extraordinarios, que debían enorgullecer, y así sucedía, al coronel Manara. Cada vez que le pedía un destacamento de sus soldados, tenía él costumbre de decirme:

— « Cuarenta hombres decididos para una expedición, en la que la cuarta parte será muerta, y otra cuarta parte herida. »

El regimiento todo era tan brillante que para no excitar celos era menestar sacar los soldados por suerte.

El 12 al medio día, mientras que un batallon del regimiento de la Union estaba haciendo un trabajo de aproximación en los viñedos de la izquierda de la vía Vileya, los Franceses intentaron impedirles su ejecución. Los mayores Lauzi y Panizzi hicieron al punto tomar las armas á los operarios y al cuerpo de guardia y con una temeridad increíble se lanzaron sobre el parapeto de la paralela francesa, siendo recibidos con un fuego horroroso. Panizzi cayó herido mortalmente. Pietro Laudi se puso entonces á la cabeza de sus boloneses, pero pronto con igual suerte que su compañero, cayó en tierra herido en el brazo y en el pecho. Los demás soldados, á cuya cabeza estaba el oficial Meloni, no cejaban, y aunque sin fuerzas para sostener el ataque, gritaban desafortadamente: « Viva Italia! » animando de este modo á sus compañeros.

El regimiento de la Union combatió en este día con un valor digno de admiración. Para no perder tiempo en cargar sus armas, herían ya con la bayoneta, ya con la culata de sus fusiles; y algunos, semejantes á los Ayaces y á los Diomedes de la Iliada, lanzaban piedras contra sus adversarios.

Tal era la exacerbacion, que el capitán polaco Very, que ostentaba varias cruces sobre el pecho y entre ellas la Legion de honor ganada en África, de pié sobre la barricada, señalando en su pecho, gritaba : Aquí, tirad aquí sobre la Legion de honor.

Una bala le hirió en la cabeza.

— Mas abajo ! exclamó, mas abajo, mal tirador.

Otra bala le alcanzó. Le llevaron fuera del combate, al que volvió de nuevo. Mas tarde murió en Grecia.

Presencié este acto de valor desde mi azotea, y aunque no soy pródigo de elogios, de lo que me harán justicia cuantos me conozcan, creí de mi deber dar parte al gobierno de aquel acto.

El 14 de mayo por la mañana, si no me engaño, porque escribo de memoria y puedo equivocarme, almorzamos en la *villa* Spada, en un cuarto del tercer piso, en compañía de Sacchi, Bueno y Cocculi. Estábamos en mangas de camisa, y yo me encontraba algo preocupado por haber condenado á muerte á uno de nuestros oficiales, napolitano de nacion, que poseído por el miedo, habia abandonado de noche su puesto. De pronto oimos pasos en el corredor ; la puerta se abrió, y no pude contener una exclamacion al ver á Anita que venia á reunirse conmigo acompañada de Orrigoni.

Mis amigos, reconociendo á mi mujer, se pusieron sus levitas y nos dejaron solos.

— ¿Sabeis, general, en qué se ha entretenido al venir desde la *Carozze* aquí? me preguntó Orrigoni.

— No.

— En detenerse junto á San Pedro in Montorio á examinar las baterías francesas. Mirad, estamos cubiertos del polvo que las balas de rechazo contra la muralla han levantado. Al decir la yo : « Vámonos, es inútil que nos hagamos matar aquí, » me ha contestado ella : « Amigo mio, ¿no os parece que para ser católicos los Franceses, ponen en buen estado las iglesias? »

¡ Querida Anita ! La estreché contra mi corazón, pareciéndome que todo iba á salir ya segun mis deseos.

Mi ángel custodio estaba á mi lado.

Sentí mucho no poder acceder al primer ruego de Anita, que me pidió el perdon del oficial napolitano : un castigo ejemplar era necesario.

Ya que no podia recompensar el valor admirable de Médici en Vascello, era preciso castigar la cobardía del cobarde.

El oficial fué fusilado.